



# Ponente

**RÉMI BRAGUE**

Historiador y pensador. Profesor Emérito de la Sorbona.

## **1. Resumen de la situación actual.**

Desde hace algunos meses, asistimos al auge de un fenómeno que está calando en todos los países occidentales. Hemos presenciado el derribo de estatuas y cómo calles o edificios han perdido sus antiguos nombres para recibir una nueva denominación.

El movimiento buscó primero erradicar la memoria de figuras que gozaban de una buena imagen en sus países pero que habían desempeñado un papel negativo en su historia, especialmente en lo que respecta a la colonización y al imperialismo. Las estatuas de Colbert en Francia, de Cecil Rhodes en el Reino Unido y del rey Leopoldo II en Bélgica, así como las de otras personalidades en otros países, fueron vandalizadas con pintura, mancilladas con calificativos denigrantes e incluso derribadas.

Posteriormente, el fenómeno se generalizó y se propuso reescribir la historia pasada del mundo.

## **2. Enfocar la historia desde el prisma equivocado.**

Ello implica hacer un uso inadecuado de la historia.

En primer lugar, la complejidad de las figuras históricas queda reducida a un único aspecto, mientras que otros se dejan de lado.

En segundo lugar, y peor aún, juzgamos sus acciones de acuerdo con nuestros estándares, de una manera totalmente anacrónica. Medimos

el pasado según nuestros estándares, que pertenecen necesariamente al presente. Estamos ante una estrechez de miras llevada al extremo.

En tercer lugar, como guinda del pastel, se abstrae a estas personalidades del contexto histórico que nos permite entenderlas.

El ejemplo de Napoleón podría resultar muy ilustrativo. En fechas recientes, Francia protagonizó un enconado debate con motivo del segundo centenario de su muerte. En el epicentro de la polémica estaba la esclavitud. Esta quedó abolida durante La Revolución Francesa y Napoleón la reinstauró en 1802, de ahí el escándalo. ¿Por qué? Obviamente, los plantadores, que eran esclavistas y ostentaban el poder en las colonias, eran sumamente partidarios de la esclavitud. Hay que saber que Inglaterra había mantenido el sistema antiguo en sus colonias, por lo que los plantadores franceses sintieron grandes tentaciones de aliarse con Inglaterra para conservar sus privilegios. Napoleón atajó de raíz la situación al permitirles volver a tener esclavos. La abolición de la esclavitud en las colonias francesas hubiese acabado conllevando un aumento del alcance de la dominación británica y no hubiese cambiado en modo alguno las condiciones de la población negra autóctona. Por cierto, Napoleón abolió la esclavitud a su regreso de la isla de Elba.

Nos resultaría muy difícil encontrar a alguien a quien las masas aclamasen de forma unánime como un ejemplo perfecto de santidad o incluso de una virtud secular. A modo de ejemplo, podríamos detenernos en la figura del español Fray Bartolomé de Las Casas. Se le recuerda unánimemente como un firme defensor de los indígenas de Sudamérica. Los relatos sobre la polémica que mantuvo con Ginés de Sepúlveda en 1550-1551 en Valladolid, por cierto, están a menudo viciados por los malentendidos, pero esa es otra historia. Las Casas sugirió que, mientras que los indígenas sudamericanos eran demasiado débiles para emplearlos como mano de obra en las minas o en las plantaciones, los negros africanos tenían una gran fuerza física, por lo que recomendó que se les llevase desde África hasta América para trabajar allí, una idea de la que luego se arrepentiría amargamente. Además, nos explica lo a menudo que daba a estos indígenas, a los que realmente amaba, un castizo abrazo. Difícilmente podía imaginar que les estaba transmitiendo microbios euroasiáticos contra los que su organismo hacía tiempo que se había olvidado de producir anticuerpos y que acabarían con sus vidas.

### **3. Una tarea hercúlea.**

No puedo sino perdonar el proyecto de purificar la historia pasada. Me atrevería incluso a ir más allá y sostener que esta labor no debería circunscribirse únicamente al mundo occidental, puesto que si lo hiciésemos estaríamos adoptando una suerte de mentalidad provinciana llevada al extremo y, más concretamente, esa misma perspectiva eurocéntrica que deberíamos criticar. Cada cultura debería purgar las figuras negativas de su pasado.

Ahora bien, todo el pasado de la humanidad está marcado por los conflictos y las guerras. Quizás no nos guste, pero es un hecho que difícilmente se puede negar. En consecuencia, una personalidad a la que una cultura A considere un héroe puede representar la encarnación del mal para una cultura B.

El humorista francés Alphonse Allais fingía mostrarse sorprendido ante el hecho de que los británicos pusiesen nombres de derrotas a los lugares más dignos de Londres, como la estación de Waterloo o Trafalgar Square.

Bromas aparte, existe en África occidental un país que antiguamente gobernaba Francia y que se denominaba Sudán francés. Cuando obtuvo su independencia, adoptó el nombre de República del Sudán. Con todo, desde 1960 se autodenomina como Malí. «Malí» era el nombre de una especie de imperio (1230-1545) cuya prosperidad se cimentaba no solo en el oro, sino también en la caza y venta de esclavos.

Otro ejemplo que podríamos citar es el de Timur, también conocido como Tamerlán (fallecido en 1405), que fue responsable de matanzas cuya magnitud supera con creces el número de víctimas que causó Gengis Kan (fallecido en 1227) dos siglos antes. Timur era conocido por apilar pirámides de cabezas a la entrada de las ciudades conquistadas y por levantar muros con hormigón, piedras y los cuerpos con vida de sus prisioneros... El número de sus víctimas oscila, según las estimaciones de los historiadores, entre uno y diecisiete millones. Ahora bien, hay estatuas de este ilustre caballero a lo largo y ancho de su país, que ahora se conoce como la antigua república soviética de Uzbekistán. Podemos encontrarlas en su antigua capital, Samarcanda, así como en Taskent (siete metros de altura) y en Shakhrisabz, de donde es oriundo. Hacer añicos esas estatuas sería una ardua labor... y las poblaciones locales expresarían su rechazo al respecto, dado que para ellas Timur fue un gran héroe.

Únicamente culturas que no existen y puramente imaginarias pueden ser totalmente inocentes. Desafortunadamente, existen multitud

de utopías retrospectivas. Permítanme mencionar dos de ellas: el sueño de un mundo pagano feliz, tolerante, optimista y, en concreto, libre de inhibiciones sexuales tuvo su origen en la mente de autores alemanes desde la época de Winckelmann y el clasicismo de Weimar. Otro alemán, Ernst von Lasaulx, acabó con este sueño en su tesis doctoral de 1835 sobre el pesimismo griego<sup>1</sup>. Existe otro caso todavía más flagrante: el del paraíso de la coexistencia, o como se la ha llamado en España, de la «convivencia» entre comunidades religiosas en la Andalucía medieval bajo un régimen islámico. Una vez más, varios historiadores de prestigio, en especial Darío Fernández-Morera, echaron por tierra esta teoría<sup>2</sup>.

#### **4. El movimiento precursor: reformular el pasado.**

El estallido de este movimiento y sus materializaciones más espectaculares, como el derribo de monumentos, vino precedido por un largo periodo de incubación.

Este empezó hace algunos años cuando, por ejemplo, había que atribuir el nombre de algún personaje histórico importante a establecimientos de enseñanza superior recién fundados, como universidades. Los comités empezaron a analizar con lupa el pasado de los personajes en cuestión, que llevaban décadas difuntos, en busca de comportamientos u opiniones desagradables. En caso de identificar alguna mácula en su historial, este quedaba sentenciado.

Más adelante, esta tendencia adquirió tintes más prácticos. No se trataba ya de seleccionar cuidadosamente un nombre a fin de evitar algunos, sino que más bien se pasó de evitar nombrar a renombrar, lo que a su vez implicó eliminar el nombre de las cosas.

Del mismo modo, los planes de estudios básicos, como los denominados «programas de grandes obras» se ampliaron primero para dar cabida a autores que no fuesen ni hombres ni blancos y se incluyó, por ejemplo, a autores africanos como Ralph Ellison y su obra *El hombre invisible* (1953). Las mujeres ya estaban presentes, como Jane Austen o George Eliot en el ámbito literario o la franco-polaca Marie Skłodowska-Curie en física. En la actualidad, algunos sugieren que deberíamos sencillamente prescindir de todos aquellos que no pertenezcan a un mismo grupo, el suyo propio naturalmente: sexo, raza, orientación sexual, etc.

---

<sup>1</sup> Ernst von Lasaulx, *De mortis dominatu in veteres. Commentatio theologico-philosophica* (Múnich: Cotta, 1835).

<sup>2</sup> Darío Fernández-Morera, *The Myth of the Andalusian Paradise. Muslims, Christians and Jews under Islamic Rule in Medieval Spain* (Wilmington: ISI Books, 2016).

Por último, un joven profesor de Clásicos en Princeton, Dan-el Padilla Peralta (\*1984), él mismo un ejemplo de manual de ascensión social mediante el aprendizaje, hizo recientemente un llamamiento donde se posicionaba en contra del estudio de los autores griegos y latinos por fomentar el racismo. En primer lugar, porque las referencias a la Antigüedad clásica se esgrimen a veces como armas a favor del supremacismo blanco. En segundo lugar, y más importante aún, porque el mundo antiguo recurrió en parte a la mano de obra esclava a modo de infraestructura sobre la que levantar su cultura.

Como cristiano que soy, no veo con buenos ojos este tipo de sistema social y deseo su desaparición. Además, me complace destacar que la esclavitud perdió su legitimidad gracias a la revolución en el pensamiento que trajo consigo la nueva fe. Si me permiten aludir una vez más a la manida oposición entre los dos puntos de referencia de la cultura occidental, «Jerusalén» hizo más justicia a la igualdad radical de todos los seres humanos que «Atenas». El modo en el que san Gregorio de Nisa se burlaba airadamente de cómo el rey Salomón alardeaba de tener esclavos resulta difícil de concebir en una coyuntura «pagana». Lo mismo cabe decir del modo en el que Eike von Repgow, el autor del libro alemán de Derecho más conocido de la Edad Media, catalogaba la institución de la esclavitud como pecado<sup>3</sup>.

### **5. Un error político: los clásicos como revolucionarios.**

Una cosa son las sociedades antiguas, que difícilmente echo en falta, pero no debemos considerar que la cultura clásica en su totalidad constituye un mero reflejo de las condiciones sociales en las que pudo prosperar. Con todo, una vez más, hay una pizca de verdad en ello, y más de una pizca. Hemos oído hablar de la histórica tesis de Erich Auerbach: La división de estilos entre el sublime y el bajo, que impedía una descripción fehaciente de la realidad cotidiana hasta que los relatos de la pasión de Jesús transgredieron esta barrera<sup>4</sup>, reflejaba en efecto una sociedad estratificada en dos capas.

A menudo, las personas que se oponen al estudio de las lenguas clásicas se ubican a la izquierda del espectro político. Según ellos, el latín y el griego son el rasgo distintivo de las clases cultas, es decir, de aquellos que pueden permitirse aprender únicamente por amor a la cultura, a diferencia de lo que sucede con las clases trabajadoras, etc. También hay una pizca de verdad en ello.

<sup>3</sup> Gregorio de Nisa, *Homilies on Ecclesiastes*, IV, 1; PG, 44, 664c-668a; ed. F. Vinel (París: Cerf, 1996), 224-232; Eike von Repgow, *Der Sachsenspiegel*, III, 42, ed. C. Schott (Zúrich: Manesse, 1996), 189-191.

<sup>4</sup> Erich Auerbach, *Dante als Dichter der irdischen Welt* (Berlín: de Gruyter, 1929), 22.

No obstante, este razonamiento solo muestra una cara de la verdad, que reviste una mayor complejidad. En primer lugar, algunos pensadores que se cuentan entre los precursores más radicales de insurrecciones en la cultura occidental habían recibido una educación clásica, lo cual no impidió que fuesen agitadores, cada uno a su manera. Karl Marx y Sigmund Freud habían estudiado en lo que se denominaban «gimnasios humanistas» y Charles Darwin hizo lo propio en universidades donde el latín y el griego se daban por sentado. Marx escribió su tesis doctoral sobre el atomismo en la antigua Grecia. Por no mencionar a Nietzsche, quizás el más radical de todos, quien trabajaba como profesor de Filología Clásica.

De acuerdo –cabría objetar–, pero se convirtieron en lo que se convirtieron no debido a la educación clásica que recibieron, sino a pesar de haberla recibido. Nuestro argumento tendría más peso si pudiésemos citar ejemplos de individuos que se hubiesen convertido en revolucionarios no a pesar del latín y del griego, sino como consecuencia de ello, y podemos citarlos. En este sentido, Thomas Hobbes nos brinda la prueba del delito: el filósofo inglés fue primero un helenista consumado que empezó su carrera literaria realizando la proeza de traducir a Tucídides, el historiador griego más difícil. En su obra maestra sobre pensamiento político publicada en 1650, *Leviatán*, defiende la monarquía absoluta como primera encarnación del Estado moderno. En ella, expresa su temor ante el peligro que plantean los estudios clásicos para la monarquía absoluta que defendía. Los recuerdos de la República romana llevarían a algunos individuos de carácter impetuoso a soñar con una nueva república similar a la romana. Cita:

«En cuanto a la rebelión, en particular contra la monarquía, una de las causas más frecuentes de ello es la lectura de los libros de política y de historia, de los antiguos griegos y romanos»<sup>5</sup>.

Dos siglos después, otros dos pensadores muy diferentes hicieron la misma observación: ambos eran ciudadanos franceses del siglo XIX. Uno de ellos era Alexis de Tocqueville, que fue un partidario moderado del nuevo y democrático régimen. El otro era el gran historiador Hippolyte Taine, un conservador desde el punto de vista de su visión general sobre las cosas. Ambos atribuyeron la pasión de los revolucionarios franceses al hecho de que vivían en una realidad de abstracciones fomentada por su educación clásica<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> Thomas Hobbes, *Leviathan*, II, 30, ed. M. Oakeshott (Oxford: Blackwell's, 1960), 214.

<sup>6</sup> Alexis de Tocqueville, *L'Ancien Régime et la Révolution*, III, 1; Hippolyte Taine, *Les Origines de la France contemporaine, L'Ancien Régime*, III, 2.

## **6. Una panorámica histórica.**

Lo que se denomina –o denominan sus oponentes– «cultura de la cancelación» puede percibirse a primera vista como un fenómeno contemporáneo y que, por ende, pertenece al ámbito periodístico más que al filosófico. Esta observación tiene mucho de cierta. Sin embargo, un análisis más detallado nos permite ver que estamos en la última fase (por ahora) de un largo proceso que empezó en la antesala de los tiempos modernos. No estamos viendo sino la espuma de una ola mucho más grande. La idea de hacer tabula rasa se remonta al siglo XVII, con el filósofo francés René Descartes. Este planeó desprenderse de los prejuicios de su infancia para construir un nuevo edificio de conocimiento cimentado sobre un terreno completamente nuevo.

En el siglo XVIII, para los partidarios de la Ilustración radical, el concepto de «prejuicios» pasó a ser la palabra clave para todo aquello que era tradicional y debía ser sustituido, especialmente la religión organizada y, más en concreto, el cristianismo.

La Revolución Francesa trajo consigo la versión política de este empeño, al dar lugar a la creación de nuevas instituciones que sustituirían y enterrarían cuanto se había heredado del pasado. El territorio de Francia se dividió según un nuevo modelo de organización territorial en aras de eliminar los límites entre antiguas provincias. Se escogió como símbolo un nuevo calendario que traía consigo nuevas divisiones del tiempo: así, la semana, que culminaba con su inicio en domingo, quedó sustituida por la década.

Si bien este sistema terminó fracasando, junto con el intento de crear nuevas religiones desde cero, nos dejó muchos aspectos importantes e indudablemente positivos, por ejemplo, nuevos principios de derecho, como el Código Civil francés, o el sistema métrico, donde la unidad no se basa en el cuerpo humano, sino en la tierra.

En líneas generales, siempre es más fácil destruir que crear algo de la nada. Necesitamos nueve meses para concebir a un ser humano, y más tiempo aún para equiparlo, primero con lo que le permitirá tener una vida independiente y, posteriormente, con las herramientas intelectuales que harán de él o de ella una persona preparada para desarrollar una carrera y capacitada para aportar su granito de arena al bienestar del país. Por el contrario, todo lo que ha llevado tanto tiempo y cuidado materializar y preservar puede quedar destruido en un abrir y cerrar de ojos.

Ello debería enseñarnos la pertinencia de mostrar una cierta prudencia. Cuando tocamos lo que las generaciones anteriores han construido, deberíamos hacerlo con manos temblorosas. Solo Stalin afirmó que no le temblaría el pulso a la hora de decidir realizar una purga y enviar a la gente al paredón.

### **7. La creación destructora.**

El economista austríaco Joseph A. Schumpeter (fallecido en 1950) acuñó en el lenguaje económico el concepto de «destrucción creadora». Este se convirtió en un término del habla común, por no decir en un término trillado.

La apertura de nuevos mercados, extranjeros o nacionales, y el desarrollo de la organización de la producción, desde el taller de artesanía y la manufactura hasta los concerns, tales como los del acero de los Estados Unidos (U.S. Steel) ilustran el mismo proceso de mutación industrial –si se me permite usar esta expresión biológica– que revoluciona incesantemente la estructura económica desde dentro, destruyendo ininterrumpidamente lo antiguo y creando continuamente elementos nuevos. Este proceso de destrucción creadora constituye el dato de hecho esencial del capitalismo. En ella consiste en definitiva el capitalismo y toda empresa capitalista tiene que amoldarse a ella para vivir. [... el capitalismo requiere] el vendaval perenne de la destrucción creadora<sup>7</sup>.

Resulta evidente que Schumpeter se inspiró de la idea de Karl Marx sobre el capitalismo, según la cual la propia lógica interna de este sistema le lleva a revolucionar en permanencia los modos de producción<sup>8</sup>. Cabría preguntarse por qué no empleamos la fórmula inversa, es decir, «creación destructora» en lugar de «destrucción creadora». En el ámbito puramente económico, la destrucción prima en la medida en que obliga a las personas a innovar. No obstante, podríamos dudar de la validez de esta práctica en otros ámbitos de la actividad humana. Por regla general, los artistas, por poner un ejemplo, sienten y fomentan la continuidad con la tradición. Los grandes novelistas fueron primero ávidos lectores, los grandes músicos iniciaron su andadura en el coro de niños y los grandes pintores empezaron copiando obras maestras de su disciplina artística.

Destruir lo que nos precede es una práctica antigua que solía quedar documentada en los registros históricos, reales o ficticios, en el caso de los nuevos movimientos religiosos. La Biblia hebrea está plagada de preceptos

<sup>7</sup> Joseph A. Schumpeter, *Capitalism, Socialism, and Democracy* [1942], Londres, Routledge, 1968, 82–83.

<sup>8</sup> Karl Marx, *Manifest der kommunistischen Partei* [1848]



para destruir los «ídolos» de Canaán, sus árboles sagrados, los altares en sus colinas, etc. La recurrencia de los preceptos y de los relatos sobre el desarraigo de árboles sagrados y la destrucción de altares es una muestra de la escasez de destrucciones reales e históricamente evaluables.

El cristianismo destruyó monumentos «paganos» o los reutilizó como iglesias; el irlandés Winfrid, posteriormente conocido como san Bonifacio, mandó talar el roble sagrado de las tribus germánicas a las que había sido enviado a evangelizar. Cuando Mahoma entró en La Meca, destruyó las imágenes y las estatuas de la Kaaba. Más recientemente, en 2001, los talibanes afganos hicieron pedazos los tres Budas de piedra gigantes en Bamiyán, y el Estado Islámico saqueó los museos de Mosul.

Algunas personas esperaban hacer borrón y cuenta nueva para que lo nuevo pudiese surgir con mayor libertad. Consideraban que lo ya existente coartaba el surgimiento de lo novedoso por el mero hecho de existir. La revolución bolchevique de octubre de 1917 constituye un ejemplo de acontecimiento mediante el que se intentó una experiencia de este tipo. Lenin pensó que un nuevo orden surgiría espontáneamente de las cenizas del antiguo, cosa que no sucedió. Por el contrario, todo se desmoronó. La hambruna se propagó y mató a millones de personas. Ciertamente es que hubo intentos de reconstruir una vida viable después de los tumultos que supusieron la Primera Guerra Mundial, las revoluciones de febrero y octubre y la guerra civil. Los sindicatos, así como entidades filantrópicas extranjeras o benéficas, se pusieron manos a la obra. Sin embargo, ello no encajaba con las enseñanzas del «marxismo» según lo concebía Lenin.

Dado que era imposible que la ideología fuese errónea, Lenin atribuyó la culpa a los remanentes del antiguo régimen y se propuso eliminar esos restos anacrónicos. Por ende, consiguió destruir el tejido de la sociedad rusa y, en concreto, destruyó también un gran número de vidas humanas. Pero ¿dónde está el «socialismo»? Era necesario construirlo. No obstante, 70 años después del «socialismo realmente existente» e incluso del «desarrollo impetuoso de las fuerzas productivas», resultó no haber existido nunca.

## **8. La creación destructora.**

La creación auténtica nunca cercena el vínculo con el pasado.

En un pasaje sumamente interesante de su obra *Discursos*, Maquiavelo constata que el cristianismo fracasó por completo a la hora de sofocar los recuerdos de la religión anterior porque tenía que mantener el latín, la lengua del Estado romano que perseguía a los creyentes, para propagar la nueva fe:

Vero e che non gli <la setta Cristiana> è riuscito spegnere in tutto la

notizia delle cose fatte dagli uomini eccellenti di quella <la setta Gentile>: il che è nato per avere quella mantenuta la lingua latina; il che feciono forzatamente, avendo a scrivere questa legge nuova con essa<sup>9</sup>.

El islam trajo consigo un nuevo idioma, el árabe, junto con una nueva dominación y, en parte, un nuevo ordenamiento jurídico. Por otro lado, podría mostrar por qué la cultura islámica evitó conservar vestigios de los bienes culturales de los que se nutrió. Se trata de un fenómeno que no solo sucedió en los casos de vandalismo manifiesto que mencioné anteriormente. Si bien los manuscritos griegos se tradujeron, no se conservaron una vez su contenido quedó volcado en un nuevo receptáculo lingüístico. Este nuevo receptáculo, el árabe, era el idioma en la que el mismo Dios había transmitido su revelación a Mahoma, sello de los profetas. Por tanto, el árabe gozaba de una dignidad que superaba con creces la de cualquier otro idioma. Expresarse en este idioma ennoblecía cualquier contenido.

Además, podemos apreciar una diferencia significativa. En el primer caso, lo nuevo aplastó lo antiguo. Ciertamente es que podemos tener una valoración positiva o negativa de lo que aportó lo nuevo. Se trata de un juicio de valor y, en última instancia, tal vez únicamente una cuestión de gustos. Con todo, no cabe duda de que existe algo nuevo. En el segundo caso, lo antiguo queda aplastado sin que exista ningún principio nuevo. Lo nuevo brilla por su ausencia, y nadie sabe si llegará realmente a materializarse.

En consecuencia, la fuerza motriz de esos movimientos es el resentimiento, e incluso el odio. Y es que la «incitación al odio» no solo se encuentra donde uno suele buscarla.

### **9. Seguimos a la espera de una respuesta eficiente.**

La respuesta real y eficiente al hecho de que los hombres blancos difuntos copen los planes de estudios tendría una naturaleza extremadamente práctica. Consistiría en que se nos mostrase una serie de obras convincentes realizadas por mujeres vivas que no fuesen blancas. Ya contamos con obras maestras concebidas por mujeres blancas difuntas, como por ejemplo las novelas de Jane Austen o George Eliot. En el caso de la población negra, se sigue buscando una cultura alternativa.

En aras de lograr un equilibrio, algunos tratan de incluir en la categoría en cuestión a los personajes principales de la literatura occidental y, para ello, recurren a atributos raciales. Permítanme que les cite dos ejemplos. El poeta ruso Aleksandr Pušhkin tenía un bisabuelo llamado

<sup>9</sup> Maquiavelo, *Discorsi*, II, 5, en: *Tutte le opere storiche, politiche e letterarie*, ed. A. Capata (Milán: Newton Compton, 2011) 153.

Hannibal que procedía de África, ya sea de Etiopía o de Camerún. El zar Pedro el Grande quiso hacer un experimento. Trajo al muchacho negro a Rusia y le brindó una educación en la línea de la que recibieron sus nuevos compatriotas. Se trata de una historia que el propio Puškin quiso relatar en una novela que no pudo terminar debido a su muerte, tan prematura como estúpida, en un duelo<sup>10</sup>. Por ende, Puškin tenía un octavo de sangre africana en sus venas. Lo mismo sucede en el caso del conocido novelista francés Alejandro Dumas, el afamado autor de *Los tres mosqueteros*. Una de sus abuelas era una esclava negra. Por tanto, tenía un cuarto de sangre africana. Para algunos, eso basta para incluirlos a ambos en la categoría de autores «africanos».

Estas teorías que no se sostienen por ningún sitio pasaron a ser populares y, en algunas partes del mundo, incluso verdades oficiales. La cultura griega supuestamente tendría un origen egipcio. Como siempre, hay una pizca de verdad en ello. Heródoto había observado que los dioses griegos eran dioses egipcios que los griegos habían tomado prestados, a los que habían dado una apariencia griega y, ante todo, nombres griegos<sup>11</sup>. Los propios egipcios serían supuestamente negros. Este razonamiento lo formuló un senegalés, Cheikh Anta Diop y, posteriormente, un estadounidense, Martin Bernal<sup>12</sup>.

Cierto es que en la historia egipcia existió lo que se denominó la «dinastía nubia», que fue la vigesimoquinta. Sus faraones procedían de lo que hoy en día es Sudán y eran, efectivamente, de tez negra. Gobernaron Egipto entre el 747 y el 656, por lo que su dinastía perduró durante noventa años en una horquilla temporal de cerca de tres milenios. Los otros egipcios no eran rubios de piel blanca, sino morenos, del mismo modo que lo son sus compatriotas actuales.

Más allá de este tipo de ideas disparatadas, la mejor manera de que, por ejemplo, las personas negras defendiesen su cultura consistiría en crear una versión moderna de ella. De hecho, algunos ya lo hacen. Muchos escritores franceses e ingleses contemporáneos, y no precisamente los peores, no son de origen europeo o de tez blanca, sino africanos, indios, pakistaníes, etc.

---

<sup>10</sup> Aleksandr Puškin, en: *Sotchinenija* (París: YMCA, 1991), 547-565.

<sup>11</sup> Heródoto, II, 50, 1.

<sup>12</sup> Martin Bernal, *Black Athena: Afroasiatic Roots of Classical Civilization*, 1: *The Fabrication of Ancient Greece*, 2: *The Archaeological Evidence*, 3: *The Linguistic Evidence*, Rutgers University Press, 1987, 1991, 2006.

## 10. Unas pinceladas de metafísica y teología.

Lo que está en juego aquí no es solo el problema concreto de la cultura occidental. En líneas más generales, se trata de nuestra relación con el pasado. En concreto, hemos de preguntarnos qué tipo de actitud debemos adoptar ante aquello de lo que somos producto: para empezar, ante nuestros padres, nuestro país y nuestro idioma, entre otros, y seguir remontando el cauce hasta el «pequeño estanque cálido» donde Darwin imaginó que había surgido la vida e, incluso, hasta más atrás: hasta el Big Bang. Debemos elegir entre perdonar o condenar.

La condenación es una postura satánica. El satanismo puede ser relativamente suave, y tanto más eficiente. Según Satán, todo lo que existe es culpable y debe desaparecer. Estas son las palabras que Goethe pone en boca de su Mefistófeles (*Alles was entsteht, / Ist wert, daß es zugrunde geht*)<sup>13</sup>.

Perdonar no es tarea fácil. ¿Cómo podemos dar nuestra aprobación a lo que nos precedió? El pasado está repleto de buenas obras, pero se ve empañado por multitud de actos horripilantes que recordamos con mayor facilidad. Los traumas permanecen en la memoria, mientras que damos demasiado fácilmente por sentado aquello que resulta placentero, como si en lugar de ser un regalo fuese algo merecido. En cualquier caso, nuestra cultura actual está atrapada en una suerte de perversión del sacramento de la penitencia: tenemos confesiones por doquier y queremos que otros se confiesen y arrepientan. Sin embargo, no hay absolución alguna, no existe el perdón, por lo que tampoco existe ni la esperanza de una nueva vida ni la voluntad de tomar sus riendas. Ojalá podamos recobrar nuestra capacidad para perdonar.

---

<sup>13</sup> Goethe, *Faust*, Erster Teil, v. 1339-1340.